

*DESDICHA OBRERA**
DRAMA SOCIAL EN TRES CUADROS

Luis Emilio Recabarren S.

PERSONAJES

Rebeldía, joven costurera.
Luzmira, su hermana.
Un médico que visita a la madre de Rebeldía.
Un cura, id.
Un mensajero.
Burgués. Dueño de la fábrica donde trabaja Rebeldía.
Juan. Portero de la fábrica.
Policías.
Un Juez.
Carcelera.
Guardias.

PRIMER CUADRO
(SALA POBRE).

ESCENA I

Rebeldía y Luzmira
(Luzmira en labores de costura, Rebeldía lee).

REBELDÍA: Hace días que te veo un poco triste, ¿qué tienes hermana mía?

LUZMIRA: Vaya con tu observación... ¿Crees, hermana, que con mi naturaleza poco alegre no deba sentir pena cuando tenemos nuestra madre enferma y no tenemos trabajo suficiente para disponer de recursos que sea posible prodigarle las atenciones que merece?
Tan raras tus ideas... ¿Te parece poco nuestro malestar?

REBELDÍA: Convengo en sentir pena, pero no tanto que aumente nuestra Desgracia. Si la vida es penosa trabajemos para mejorarla. Todos podemos hacer algo para mejorarla. Todos podemos hacer algo en este sentido. ¿Verdad, hermanita?

* Luis Emilio Recabarren S., *Desdicha obrera. Drama social en tres cuadros*, Antofagasta, Imprenta "El Socialista", Covadonga Nueva 349, 1921.

LUZMIRA: ¡Cierto! Pero no me conformo que nuestra pobre madre se nos vaya... La pobre nunca tuvo una época de verdadera felicidad.

Cuando niña sufrió la falta de sus padres. Cuando joven, dejó en la fábrica salud y hermosura. Se casó para aumentar sus obligaciones, sus trabajos y sus pesares. Cuando nosotros podíamos servirla y darle alguna felicidad no tenemos dinero por falta de trabajo y ella se enferma tanto que da pena... (entristecida).

REBELDÍA: Si aprendiéramos amar la naturaleza, por sobre todas las cosas, en sus formas más superiores, con un claro concepto de la vida natural nuestros pesares serían menores. Si muere nuestra madrecita, que tanto amamos, su muerte no será sino una transformación de la materia. Ella seguirá viviendo en todo el universo y allí seguiremos amándola. Vivirá también en nuestra memoria.

(Se sienten golpes en la puerta de la calle).

LUZMIRA: Ve quien golpea. A ver si es el médico para que alivie un poco nuestra situación.

REBELDÍA: (desde el foro). Pase doctor, adelante.

ESCENA II

(La misma y el médico)

MÉDICO: Buenos días, ¿cómo sigue la enferma?

REBELDÍA: Mal doctor, a pesar de haber cumplido muy bien todas sus instrucciones... Ha pasado mala noche la pobre...

LUZMIRA: Véala otra vez doctor, y procure devolverle la salud.

MÉDICO: Crean ustedes que pongo verdadero empeño en aliviar todas sus dolencias humanas.

REBELDÍA: ¿Pasemos doctor?

ESCENA III

(Luzmira sola).

LUZMIRA: Tan conforme que veo a mi hermana con las cosas de la vida. Tan alegre y tan entusiasta para trabajar por lo que ella llama el bien de todos, el bien humano. Y yo que no veo eso. Al contrario, me parece que se mortifica más, que sufre más, que tiene menos trabajo. Y si, como ella dice, eso es bueno,

y es una esperanza para el porvenir, ¿por qué no ayudan todos? ¿por qué el bien humano ha de ser la obra de unos pocos?

ESCENA IV

Dicha y un mensajero (Tipo cómico).

MENSAJERO: (Desde el foro). ¿La señorita Rebeldía?

LUZMIRA: ¿Qué se le ofrece?

MENSAJERO: Traigo una carta para ella de parte del patrón para que vaya a trabajar esta tarde.

LUZMIRA: Déjela aquí, yo se la entregaré.

MENSAJERO: Está bien. (Se la entrega y hace algunos gestos cómicos).

LUZMIRA: Vaya, sea usted más educado.

MENSAJERO: (Se retira haciendo algunos gestos de muchacho templado).

ESCENA V

(Luzmira, Rebeldía y el médico)

MÉDICO: (Volviendo con Rebeldía de ver a la enferma). La verdad es que está más mal. Pero tantearemos otro esfuerzo. A ver un papel.

REBELDÍA: Aquí tiene, doctor. (Le da papel y el doctor escribe).

LUZMIRA: Haga una receta, doctor, que sea buena y barata, ya calculará usted por qué. (Pausa).

(Luzmira y Rebeldía se miran con tristeza)

MÉDICO: Bueno. Aquí les dejo una receta. Es una bebida para que le den tres veces al Día. Que la habitación esté siempre bien ventilada. Gasten atención cariñosa con la enferma, pero la menos conversación posible.

REBELDÍA: Como no doctor, todo lo cumpliremos bien.

MÉDICO: No le hablen nada penoso... al contrario, conversación alegre.

ESCENA VI

(Los mismos y un cura que aparece en escena, bruscamente).

CURA: He recibido un llamado para ver a una enferma que necesitaría de los santos auxilios de la religión...

REBELDÍA: Nuestra enferma no necesita de sus auxilios.

LUZMIRA: ¡Hermana mía! No lo rechaces así. He sido yo la que lo ha llamado...

MÉDICO: Pero es audacia, señor, meterse de sopetón sin llamar a la puerta.

CURA: Yo recibí el aviso de que había una enferma.

REBELDÍA: ¿Es usted médico?

CURA: Del alma, sí.

REBELDÍA: Nuestra enferma tiene sana el alma.

MÉDICO: El alma como ustedes la estiman no necesita médicos de su clase.

CURA: Pero señor...

LUZMIRA: ¿Y si mamá lo quisiera?

REBELDÍA: Este hombre tiene buena culpa en nuestra desgracia...

CURA: Pero niña, no sabe usted que Dios nos ha confiado la misión...

MÉDICO: Es audacia.

REBELDÍA: La misión de fanatizar.

CURA: Es que ustedes no la quieren ver.

REBELDÍA: Son ustedes los que por sí se atribuyen esa misión para engañar a la humanidad y hacerla sufrir.

MÉDICO: Bien dicho.

LUZMIRA: (Hace un gesto de aflicción).

REBELDÍA: Eso es, exactamente, ¿cuándo y dónde viene ese Dios a darle a ustedes esa autorización...?

CURA: Escuchen ustedes con calma...

REBELDÍA: Nada tenemos que escuchar. Menos a usted porque yo sé que usted me intrigó en la fábrica donde yo trabajaba, porque no era de su ideal.

LUZMIRA: ¡Rebeldía... por favor no seas así!

MÉDICO: Hace muchos siglos que la voz de ustedes repercute en el mundo con ese horrible acento de mentira, de falsía, de hipocresía...

REBELDÍA: No abuse más señor, no abuse de nuestra tolerancia y de nuestra educación.

MÉDICO: ¡Así habla la conciencia sincera! (Al fraile). Amigo, el reino de ustedes ha pasado. La humanidad nueva ve más clara la razón hoy que ayer.

CURA: A pesar de todo... nuestra misión es ofrecer nuestros servicios a quien quiera aceptarlos y crea en ellos. ¡No imponemos nada obligatoriamente! (Todos ríen a carcajadas, menos Luzmira. El cura se persigna).

REBELDÍA: No imponen nada obligatorio... ¡Pero que amenazan con un infierno terrible! No imponen nada obligatoriamente... ¡pero asustan a los ignorantes con sus pavorosos castigos infernales si no creen las invenciones de ustedes!

MÉDICO: Señor, ya ve usted que nada puede hacer aquí. ¡Hay una conciencia Superior!

CURA: Insisto por última vez. Dejadme ver o mirar siquiera a la enferma, puede ser que ella acepte conversar conmigo.

MÉDICO: La enferma está ya en estado inconsciente, incapaz de ningún acto razonable.

REBELDÍA: No lo permitiremos y, al contrario, le agradeceremos que nos deje en paz. (Luzmira se aflige).

CURA: (De mala gana). Bueno, queden ustedes con Dios... (Se retira haciendo reverencias y cruces).

REBELDÍA: Que horrible y pavoroso me parece el aspecto funeral de esa gente.

MÉDICO: Cumplan ustedes sus cariñosas atenciones con la enferma y libre-mos la última batalla con la naturaleza que quiere transformarse a sus propios impulsos.

LUZMIRA: Gracias doctor, por su empeño, por nosotros no quedará.

REBELDÍA: ¿Volverá usted mañana?

MÉDICO: Sí, hasta mañana. (Vase).

ESCENA VII

(Rebeldía y Luzmira).

LUZMIRA: Han traído esta carta para ti. (Se la entrega).

REBELDÍA: (Leyendo). “De parte de la gerencia tengo encargo de darle nuevamente trabajo a usted en los talleres. Puede presentarse hoy mismo”. El mayordomo. (Pausa). Siempre tuve repulsión por esa fábrica y desconfianza, porque el Gerente varias veces me llamó a su oficina para hablarme simplezas y seducciones...

LUZMIRA: Hermanita, iten paciencia y valor! Por nuestra madrecita, ve si puedes trabajar y ganar para sus medicinas y alimentos, a ver si la salvamos.

REBELDÍA: Bueno. Voy allá. Pero te advierto yo que este fraile fue el que le dijo al patrón que me echara de la fábrica, porque yo era una incrédula, que predicaba la herejía entre las obreras. De manera que nos condenaba al hambre a todas, como si tuviésemos alguna culpa porque nuestro cerebro acepta unas ideas y rechaza otras... La miseria me obliga ahora a aceptar trabajo allí otra vez. Veré antes a mamá y en seguida me marchó. (Vase por la derecha).

LUZMIRA: (Sola). Tantos sinsabores y ultrajes que recibimos las obreras para poder ganarnos un miserable jornal. Pobre hermana mía... si será cierto lo que ella dice, que el señor cura la hizo salir de la fábrica. Si fuera cierto sería muy mal hecho.

REBELDÍA: (Que vuelve al dormitorio). Cuida mucho a mamá mientras yo voy a la fábrica. A ver qué me dice el explotador. (Sale por el foro).

LUZMIRA: (Sola). Ahora voy a la Botica. (Abre su maletín y cuenta el dinero). Pueda ser que me alcance para la receta... Qué triste es esta vida tan llena de afanes, la iglesia nos manda soportar esta vida tan miserable, porque dice que esa es la voluntad de Dios... Pero mi hermana dice que no; dice

que si la vida es mala debemos mejorarla... Yo también voy creyendo eso, de que cada uno de nosotros debe hacer todo lo que pueda para mejorar la vida... pero los ricos nos ponen también obstáculos... Quién tendrá la razón ? (Sale pensativa).

TELÓN

SEGUNDO CUADRO
(SALA ESCRITORIO).

ESCENA I

JUAN: (Mozo arreglando el escritorio). Hace días que el patrón anda de mal genio... algo me temo yo... No estoy seguro, pero me parece que ayer le encargó al mayordomo que le diera trabajo nuevamente a aquella chica que él mismo hizo despedir sin motivo alguno... ¡Qué tramará! ...¡Ah! esta plaga de burgueses es terrible, creen que la plata que a montones explotan a los pobres obreros es título y autoridad bastante para que todo se lo merezcan, y lo peor es que uno tenga que defenderlos y servirlos...

ESCENA II

Dichos y el mensajero (Tipo cómico).

MENSAJERO: Oye, el patrón mandó llamar la chica aquella... aquella que encabezó la huelga el año pasado.

JUAN: Sí, ya lo sospechaba... me pareció oír ayer que se lo encargaba al mayordomo... ¡qué tramará!

MENSAJERO: ¡Bah! lo que siempre piensan estos futres, este patrón siempre espionando las chiquillas más bonitas, no es leso...

JUAN: Eso no es nada, lo triste es que hayan obreras que estiman una gloria o una honra que un patrón las ultraje, puesto que en toda la pretensión seductora no hay más que un ultraje para la dignidad de las obreras. (Mira hacia la puerta de la derecha como observando su interior y vuelve al centro de la escena).

MENSAJERO: (Señalando la pieza). Qué te parece la habitación que tiene al lado del Escritorio. (Se sienten pasos por el foro y los dos salen rápidamente por la izquierda).

ESCENA III

(Burgués luego Juan).

BURGUÉS: La vida es un camino trágico lleno de accidentes. Tan prepotentes que nos sentimos porque somos ricos y sin embargo nos humillamos ante algunas obreras que provocan nuestro sensualismo. Vamos a ver como ha vuelto esa obrerita, Rebeldía, que me parece simpática a pesar de su aspecto y carácter pretencioso... Juan... (Llamando).

JUAN: ¡Señor!

BURGUÉS: Vaya a los talleres de encajes y diga al mayordomo que envíe al escritorio a la obrera Rebeldía.

JUAN: Bien señor. (Vase).

BURGUÉS: (Paseándose). Una aventura más en nada menoscaba nuestro poder y nuestra autoridad. Esa muchacha vive en la miseria, bien puede aceptar el dinero que le ofrezca. ¿Acaso muchas no lo aceptan?... Al fin y al cabo el pudor y la dignidad son invenciones torpes que no dan alimento ni vestuario... (Se sienta y ojea papeles).

JUAN: (Desde la puerta). Cumplido su encargo, señor. Ya viene. (Hará un gesto malicioso).

BURGUÉS: Bueno.

ESCENA IV

(Dichos y Rebeldía que aparece por el foro).

BURGUÉS: Pase usted señorita.

REBELDÍA: (Avanza tímidamente, viste delantal blanco y lleva tijeras colgadas de un cordón).

BURGUÉS: (A Juan). Vete y volverás cuando te llame. (A Rebeldía). Siéntese señorita. (Se sienta). Ud. recordará que fue despedida de aquí a raíz de la última huelga y porque usted no quiso aceptar las condiciones que yo le ofrecía.

REBELDÍA: Sí señor, sí lo recuerdo. (Tono serio y firme).

BURGUÉS: He dado órdenes para que se vuelva a ocupar en la fábrica, ahora que tenemos bastante trabajo... para demostrarle a usted que me intereso por su situación y estaría dispuesto a pagarle una tarifa superior a las que ganan las demás obreras.

REBELDÍA: Bien, señor, se lo agradezco.

BURGUÉS: Sí, yo haré distinción siempre que usted se considere aquí no una simple obrera, y abandonando su antigua terquedad, sea una amiga mía...

REBELDÍA: (Airada). No comprendo en dónde pueden estar mis méritos para merecer esa distinción.

BURGUÉS: En su competencia y en sus simpatías.

JUAN: (Apareciendo de sorpresa). ¿Llamaba, señor?

BURGUÉS: (Incomodado) No hombre, váyase no más...

JUAN: Bien, señor. (Al retirarse hará gestos maliciosos).

REBELDÍA: En el taller conozco obreras más competentes y antiguas que yo que ganan un ridículo jornal, ¿porqué no obra en justicia con ellas? y en cuanto a mis simpatías no las veo. Una obrera machucada por un trabajo abrumador y extenuante bien pocas simpatías pueda conservar...

BURGUÉS: (Abandonando su asiento y con ademán protector se acerca a Rebeldía). Pues, amiguita, la verdad es que yo me siento inclinado a distinguirla, porque usted me inspira una verdadera simpatía.

REBELDÍA: (Que se ha puesto de pie). Señor, discúlpeme usted pero he de decirle que agradezco todos sus simpáticos sentimientos hacia mi persona, que rehúso y le advierto que en esas condiciones no me avengo a trabajar en su casa.

BURGUÉS: Rebeldía, he sabido que usted tiene ahora a su madre muy enferma...

REBELDÍA: Y Ud. aprovecha esta situación... (Indignada).

BURGUÉS: No, no quiero aprovechar...

REBELDÍA: Eso es infame, eso es indigno...

BURGUÉS: No se altere así niña, sólo he querido... probarle mi cariño, ofreciéndole una ayuda en esa situación...

REBELDÍA: ... Para provocar en mí una forzosa gratitud. No acepto eso.

BURGUÉS: ¿Podría usted explicarme la razón de su negativa?

REBELDÍA: Por que lo único que usted en buena cuenta pretende es tener una querida más, que usará mientras dure esa simpatía, que en ustedes es pasajera. Porque yo no quiero ser madre de un niño cuyo padre le despreciaría o lo protegiera en forma humillante. Por eso, especialmente, no debo de aceptar lo que usted me ofrece venalmente, tras un mezquino interés. Su conducta es inaceptable.

BURGUÉS: Es usted muy terca y rehúsa su felicidad.

JUAN: (Apareciendo sorpresivamente y con aire malicioso). Señor...

BURGUÉS: (Rabioso). ¿No le dicho que no venga a meterse aquí? ¿qué quiere ahora?

JUAN: Ahí está el caballero del Banco, señor...

BURGUÉS: (Exasperado) Dígale que no estoy hasta mañana y no vuelva a venir sin que lo llame. (Sale Juan).

REBELDÍA: No señor, no rehúso mi felicidad ni soy terca, es que las pobres no debemos ser siempre carne escogida para apetitos innobles... ¿por qué no buscan ustedes entre su misma clase esos apetitos? ¿por qué cuidan la carne de la burguesía?

BURGUÉS: Le repito amiguita que no sea usted terca... Si Ud. acepta mi cariño, tendrá todo lo que le apetece en su hogar.

REBELDÍA: Pero manchado por el impudor y la venalidad.

BURGUÉS: No veo la razón de por qué Ud. juzgue así las cosas.

REBELDÍA: Si yo no siento amor por Ud. al satisfacer sus deseos, no haría otra cosa que venderme, que caer en brazos de la corrupción.

BURGUÉS: Le he ofrecido a usted buenamente y con cariño toda su felicidad, y usted no la quiere aceptar...

REBELDÍA: ¿Me amenaza Ud. ahora? Cuidado, señor...

BURGUÉS: No, yo no la amenazo. Pero si yo puedo conquistarla. Debe hacerlo.

REBELDÍA: Señor, hemos terminado Me retiro. (Con entereza).

BURGUÉS: Usted no se irá de aquí.

REBELDÍA: (Intenta salir por el foro pero el burgués le cierra el paso).

BURGUÉS: No saldrás, Rebeldía, primero serás mía...

REBELDÍA: Eso jamás... Eres un cobarde y un miserable como casi todos los de tu clase, cuando recurres a abusar en esta forma. Cuando me preparas una celada cobarde. Soy mujer, pero tengo un alma poderosa. Dejadme salir o gritaré y me defenderé.

BURGUÉS: (Suplicando). Quiero que seas mía. Te daré una fortuna...

REBELDÍA: Eres un indigno. Tanto que me das asco. (Intenta salir, mira a todos lados con aire resuelto e inteligente)

BURGUÉS: (Deteniéndole). Te he suplicado. No quieres por bien... Ahora bien. (Pretende tomarla pero se le escabulle; se lucha. La toma por la fuerza y la conduce hasta la derecha, forcejeando. Mientras la conduce, en la lucha se verá la mano de Rebeldía que recoge la tijera por el cordón y la prepara para clavarla. Casi al entrar a la pieza la clava en el corazón. El burgués cae gritando).

ESCENA V

(Aparecen precipitadamente Juan y el Mensajero; sale Juan corriendo para llamar a la policía, después de mirar asombrado la escena).

REBELDÍA: (Mirando el cadáver y sus manos). Qué felicidad... si no lo hago así... pobre de mí... esa bestia feroz (señalando el cadáver) ensoberbecida con la riqueza explotada a los pobres obreros, habría saciado brutalmente sus apetitos... Las gentes me habrían despreciado, considerándome culpable, nunca inocente. Ahora los jueces, sus aliados, se vengarán en mí, pobre e indefensa mujer...

MENSAJERO: (Pausa). (Mirando el cadáver). Lo que yo decía... Ah, la pagaste, canalla... Bien dicen: tanto va el cántaro al agua, que al fin queda sin orejas... Tanta niña inocente o depravada cayó en tus manos voraces, que al fin caíste en manos de una valiente muchacha... Ahora, pobrecita tú... (Sale triste).

REBELDÍA: Venga lo que venga. (Pausa). No había otro camino. Así se presentó el destino. ¿Iba a dejarme ultrajar? ¿Iba a vacilar siquiera ante fuerzas superiores? (Vuelve a mirar el cadáver). Yo no te he muerto... Yo no he querido matarte... Fuiste tú, tú mismo eres el autor de tu muerte... Ah, horrible vida de hoy. (Desesperada).

ESCENA VI

(La misma y Juan que entra con la policía).

JUAN: Esta es. (Señalándola). Todavía está ensangrentada.

POLICÍA: Vamos, a la cárcel. (Amarrándola).

REBELDÍA: Sí, sangre de ladrones de honras, sangre de sanguijuelas explotadoras.

POLICÍA: Eso se lo dirá al juez. ¡Ve qué niña...!

REBELDÍA: Sangre de burladores de pobres obreras.

POLICÍA: Vamos, menos declamación ¡qué aniñada es!

JUAN: Pobre niña, y que uno tenga que servir poco menos que de verdugo...

REBELDÍA: Oh, madre mía, madre mía, sólo por ti lo siento... Ah, aprieta, verdugo... esbirro... aprieta bien...

POLICÍA: Callarse... Mata al patrón y todavía no se calla... (Concluyen de amarrarle las manos por detrás).

REBELDÍA: ¡Pobres y miserables instrumentos, mercenarios de la clase rica!

POLICÍA: Le digo que se calle. (Saca un pañuelo para amordazarla).

REBELDÍA: Vaya, ahora tampoco se puede hablar... sicarios... viles instrumen... (La interrumpen).

POLICÍA: (Amordazándola). Bueno, para que se vaya calladita. Vamos andando. (Se la llevan). (Rebeldía mira nuevamente el cadáver antes de salir). (Salida lenta)

TELÓN LENTO

TERCER CUADRO
(SALA DE PRISIÓN).

ESCENA I

(Rebeldía en la celda cerrada).

REBELDÍA: (Al levantarse el telón, termina de llorar, se enjuga las lágrimas y alza la cabeza con aire gentil). Basta de abatimiento... ¿Por qué llorar? ¿Acaso la liber-

tad me ofrece una vida superior a la que puedo llevar en la prisión?... No tengo, tal vez fuera de aquí, ningún atractivo. ¡Mi madre! ¡ah! mi pobre madre ...Quién sabe si vivirá... ha de ignorar que su hija está en una prisión, o habrá muerto ya... Mejor... ¡así al menos ya no sufrirá tanto! Ah... esta celda... Qué mejor habitación para las que defienden su dignidad, su voluntad, como lo permiten sus débiles fuerzas... (Se abre la puerta del foro y aparece la carcelera).

ESCENA II

(Dichos y la carcelera, que puede ser una monja).

REBELDÍA: ¿Me trae alguna noticia?

CARCELERA.- Sí, algo bueno. Sé que esta tarde vendrán a tomarle declaración. Sería bueno que usted de alguna manera viera modo de negar este crimen que ha cometido...

REBELDÍA: ¡Crimen!... ¿Defenderse, llaman crimen?

CARCELERA: Es decir... digo yo... sería mejor ocultar la verdad...

REBELDÍA: No, de ningún modo. Yo no tengo por qué negar nada. Al contrario, deseo que mi acción sirva de ejemplo para que las muchachas sepan defenderse de las sucias asechanzas de los burgueses.

CARCELERA: Bueno, aquí viene ya el juez. Usted verá cómo se defiende.

REBELDÍA: De nada tengo que defenderme. Si porque yo me he defendido de una infamia se me dejará encerrada aquí, ¡que se cumplan los dictados de la mal llamada justicia! Algún día la humanidad sabrá corregir sus defectos...

ESCENA III

(Dichos, Juez, Secretario y Guardias).

JUEZ: (A Rebeldía) ¿Usted es la autora de la muerte de don Hermenegildo Piedrabuena, propietario del gran Establecimiento industrial de encajes y bordados?

REBELDÍA: No lo sé señor. Lo que recuerdo es que cuando el caballero ese me tomó en brazos, abusando de sus fuerzas superiores a las mías, para conducirme a un dormitorio que tiene al lado del escritorio, yo me acordé que llevaba mis tijeras de trabajo colgadas de mi cintura, las tomé y se las clavé... no sé dónde,

para librarme de la infamia que él iba a cometer conmigo. Después que le clavé las tijeras, él cayó... dentro de su pieza-dormitorio. Después yo volví al escritorio y luego la policía me arrestó.

JUEZ: ¿Y hubo testigos de ese hecho?

REBELDÍA: Ninguno que yo sepa.

JUEZ: Entonces, ¿quién llamó a la policía?

REBELDÍA: Seguramente los mozos cuando el burgués gritó, herido ya, pidiendo auxilio el muy cobarde.

JUEZ: ¿Nada más tiene que decir?

REBELDÍA: Nada más. (Se van el juez y los demás).

ESCENA IV

(Rebeldía, Carcelera y Luzmira).

CARCELERA: (A Rebeldía). Aquí viene su hermana a conversar con usted. Tiene un cuarto de hora de permiso.

LUZMIRA: (Entra llorando). Hermana mía... Se abrazan y lloran un momento. (Le trae un ramo de flores).

REBELDÍA: No me digas nada. Ya lo comprendo todo Nuestra madre muerta. Yo en el presidio. Tú sola y sin trabajo, entregada a tus angustias. Esta es la hermosa vida que Dios ha creado, ¿puedes creer con fe en todo eso? Dime algo de los últimos momentos de nuestra pobre madre.

LUZMIRA: Murió muy excitada. Te llamaba a gritos, como si hubiera presentido tu desgracia. No se ha dado cuenta de tu ausencia tan larga, tan inconsciente estuvo los tres días transcurridos entre tu prisión y su muerte.

REBELDÍA: ¡Pobre madre mía!

ESCENA V

(Los mismos, Juez, Carcelera, etc.).

JUEZ: El Tribunal ha fallado en el sumario por asesinato de don Hermenejildo Piedrabuena, que se condena a la reo Rebeldía Clarosol a sufrir la pena de

diez años de prisión. (Se van). (Rebeldía y Luzmira se abrazan y lloran un momento).

REBELDÍA: No te aflijas, hermana, tengo veinte años, saldré de treinta, si conservo la vida y la salud en estos sepulcros para vivos. Yo volveré a la libertad a luchar con más ardor por la perfección de la humanidad.

LUZMIRA: Mientras tanto, yo aprovecharé mi libertad y trabajaré por ti y por mí en la sublime obra de la liberación de los oprimidos. Ahora comprendo, mejor que antes, cuán necesario es dar todo nuestro entusiasmo a la obra de la redención humana. Ahora comprendo que todo el tiempo que le dediquemos será siempre poco. Tenías razón, hermana, en ser tan apasionada. La pobre humanidad dolorosa necesita mucha ayuda. Esta desgracia, hermana, me ha hecho abrir los ojos. Ahora, más que tu hermana, seré tu aliada en la lucha por el bien.

ESCENA VI

(Dichos y el Capellán).

CARCELERA: El señor Capellán viene a hacer la visita reglamentaria.

CURA: Hija, hay que tener conformidad ante las desgracias de la vida.

LUZMIRA: ¿Esa es la voluntad de Dios? Ya comprendo ahora quiénes son ustedes.

REBELDÍA: ¿Esa es la justicia del Dios de que ustedes hablan?

CURA: Dios no puede estar en todos los actos, puesto que da a cada cual sus sentidos.

REBELDÍA: Eso no es exacto. Cuando a ustedes les conviene Dios lo ve y lo prevé todo y está en todas partes, y cuando no les conviene, Dios no puede estar en todo.

CURA: Hijas mías, no sean ustedes tan rebeldes. Cuando la desgracia nos persigue es cuando mejor nos debemos entregar en los brazos de Dios. (A Rebeldía). Yo vengo a ofrecerles mis servicios religiosos en estos momentos de angustia para usted.

REBELDÍA: Yo no los necesito. Mi dolor me lo sé curar yo misma. Me lo acabo de curar con el cariño de mi hermana. No necesito, pues, sus servicios.

LUZMIRA: Sus servicios en ningún caso le devolverían la libertad. Según usted, Dios ve y sabe que mi hermana no debe estar aquí, sino libre y en su hogar, pero la voluntad de los jueces, que por lo que se ve es más poderosa que la de su Dios, quiere que mi hermana viva encerrada aquí y la gran justicia de su Dios nada pueda contra la injusticia terrena.

REBELDÍA: (Al cura, burlonamente). ¿Qué dice usted?

CURA: Dios sabe lo que hace.

LUZMIRA: Ese es un refrán tonto y viejo.

REBELDÍA: Digno para acallar ignorantes.

CURA: Esa es la verdad.

LUZMIRA: Esa verdad ha producido sólo desgracias humanas.

REBELDÍA: Y crímenes horribles.

CURA: La justicia de Dios es suprema y llega a su tiempo.

REBELDÍA: Bueno, señor, mejor emplearía usted su tiempo conversando con su Dios que conmigo.

CURA: Hija haga un esfuerzo...

REBELDÍA: No, ninguno...

LUZMIRA: ¿No le parece bastante el dolor de mi hermana, para que usted se lo aumente más?

CURA: Pues, porque sufre quería ofrecerle el consuelo de Dios.

LUZMIRA: El consuelo sería que la Justicia brillara sobre la tierra.

REBELDÍA: Soy más feliz sin ese consuelo.

CURA: Entonces las dejaré a ustedes obstinadas en su error, pero rogaré a Dios por ustedes. (Se va persignándose y besando un cristo).

REBELDÍA Y LUZMIRA: (Sonrientes). Ruegue no más... ruegue... ruegue...

CARCELERA: Ha terminado la visita.

LUZMIRA: Vendré todas las semanas a verte. (Abrazándola). Procura no entristecerte. Siempre te traeré flores, y todos tus buenos amigos te recordarán siempre y te amaremos mucho. Seré digna hermana tuya.

REBELDÍA: Gracias hermana. ¡El cariño de ustedes me conservará valiente y fresca en esta tumba hecha por la inteligencia humana!

ESCENA VII

(Rebeldía sola, después la carcelera).

REBELDÍA: Cúmplase la injusticia humana... Madre. Tú y yo encontraremos una tumba aunque diferentes; cuando más deseaba la vida libre. (Hojea un libro)... Cuántos viven así... Pobre humanidad que aún no sabes ser feliz... (La carcelera aparece para cerrar la puerta con mirada triste).

REBELDÍA: (Mirando hacia la puerta que se acaba de cerrar). Cuántos inocentes vivirán enterrados vivos, así como ahora me ha tocado el turno a mí... Cuántos criminales irresponsables sufrirán en las prisiones... Ah... indiferencia humana, despierta por fin... Interésate por la suerte ajena. Vivir en la indiferencia no es digno del ser humano... (Con valentía). ¡El mundo será bueno un día! ¡Nunca lo he dudado! El Maximalismo lo hará bueno. La clase obrera unida le dará el bienestar. Entonces no habrá tumbas de esta clase. ¡Viva el porvenir de la civilización! ¡Viva el maximalismo!

(Durantes estas últimas expresiones cae el TELÓN LENTO).